

COMUNICACIÓN SOCIAL Y ORGANIZACIÓN POPULAR - PRÁCTICAS ORGANIZACIONALES EN EL MARCO DE LA EXCLUSIÓN METROPOLITANA

Verónica Vidarte Asorey
Universidad Nacional de La Plata (Argentina)
vidarteaorey@yahoo.com.ar

Introducción al tema: sectores populares urbanos en Latinoamérica, del movimiento obrero a los movimientos socio territoriales

El proceso que implicó el pasaje del modelo de la Industrialización por sustitución de importaciones, ISI, al modelo neoliberal, en América Latina tuvo y tiene su correlato en las prácticas organizacionales de los sectores populares.

Los Estados predictoriales de la etapa ISI eran Estados fuertemente centralizados, que propiciaban grandes movimientos sociales formales (como sindicatos y partidos políticos), que fueran capaces de interpelar a esos Estados fuertes. Pero el libre mercado y la globalización trajeron la descentralización del Estado y de sus políticas, así como sistemáticos “ajustes”.

En este proceso, se incrementaron tanto la informalidad de los movimientos, como el espectro y la cantidad de las demandas; además éstas debieron dialogar con interlocutores distintos (barriales, municipales y provinciales). Es decir, si bien, desde lo cultural, la descentralización prometía recuperar la fuerza de las distintas identidades comunitarias y potenciar la participación de la sociedad civil; en este contexto funcionó como factor de fragmentación política y económica y trajo nuevos escollos a tanto a la capacidad, como a la efectividad de la organización social de los sectores populares, en las grandes metrópolis latinoamericanas.

Por otro lado, durante la ISI la estructura de sectores socioeconómicos (1) era también más homogénea, y era habitual que la acción colectiva se organizara alrededor de ramas del empleo formal (como por ejemplo, empleados de comercio, obreros de frigoríficos, empleados estatales, etc.). Esto varía sensiblemente no sólo por el proceso económico que venimos describiendo, sino también por la desordenada urbanización y el incesante crecimiento demográfico y habitacional; que va expulsando a los sectores populares a las zonas periféricas. Esto, sumado a la creciente desocupación, hizo que la clase obrera formal se convirtiera en una minoría privilegiada, y que los movimientos sociales populares empezaran a encontrar, tanto las reivindicaciones como capacidad de organización, cada vez más vinculadas a su ámbito territorial; así se solidifican las organizaciones comunitarias, vecinales, étnicas y religiosas.

Estos cambios se dan en diverso grado en los distintos países latinoamericanos; en algunos –como la Argentina- este proceso no reemplazó sino que se encabalgó sobre la fuerte tradición sindical o partidaria; sobre esta base, emergieron nuevos actores como las organizaciones de desocupados, y se actualizaron antiguos, como los punteros.

Así, la Argentina estableció como un país con gran cantidad de pobres estructurales urbanos, sobre todo, en las zonas metropolitanas.

Conceptualización: la importancia del tema como problema de investigación de la Comunicación Social
Desde el punto de vista de las redes de relaciones comunitarias, la pobreza urbana, especialmente en América Latina, delimita los escenarios de exclusión, en los que se desarrollan la mayoría de los procesos comunicacionales de organización y gestión popular. Estos procesos conllevan un desafío para todos quienes pensamos la comunicación social y la cultura; lo es para todo el campo latinoamericano de las ciencias sociales – cuyo interés debe ser no sólo conocer los procesos de interacción social, sino también intervenir en el mapa de relaciones, para propiciar procesos de transformación de la inequidad y la exclusión crecientes en nuestras sociedades-.

Estas líneas pretenden, entonces, reflexionar sobre las prácticas comunicacionales de organización y gestión de los sectores populares, desde un enfoque comunicacional.

En cada territorio, las metas, los objetivos y los futuros deseados de cada actor u organización pueden ser distintas: formar una cooperativa, realizar una feria, llevar adelante un comedor, desarrollar un espacio de educación popular, acceder a un plan social, peticionar ante el Estado, denunciar ante la sociedad y los medios masivos de comunicación... sobrevivir.

Pero, a pesar de esas diferencias, las condiciones socioculturales, históricas, políticas y económicas de un proyecto social determinan, en gran medida, el proyecto; lo hacen tanto desde la necesidad y utilidad, como desde la verosimilitud y viabilidad: determinar, incluso, la existencia o no de una organización social. De ahí, la importancia –para estudiar los procesos de comunicación, en este marco- de incorporar estas condiciones en la conceptualización de la problemática.

Alcira Argumedo (2004) plantea que, sociológicamente, el análisis histórico muestra una continuidad política –un paradigma sociocultural- en las resistencias latinoamericanas, que evidencia un patrón: el popular. Siguiendo esta línea, también los modos latinoamericanos de organización y gestión popular pueden ser pensados como una suerte de géneros o estilos de hacer, que pueden leerse de forma diacrónica en la praxis social, más allá de los objetivos concretos de cada práctica organizacional. Como señala Argumedo, “la historia social subterránea de América Latina” constituida y constituyente de las “clases subordinadas” (...) “diagraman un cuadro de complejidad interna y agudas diferencias entre sí (pero) conforman un área geopolítica que ha sido sometida al dominio (...) que impulsan distintos centros de poder del campo internacional, vertebrados con sectores locales de cada sociedad”. Así, puede hablarse en Argentina de una configuración histórica específica de los sectores populares subalternizados (2) y de sus modos de organización, en el contexto de los territorios de exclusión metropolitana. Estos modos de organización responden a pautas de interacción social, a representaciones compartidas y estructuras simbólicas que pueden ser interpeladas desde la mirada comunicacional.

La organización popular como objeto de estudio: ejes conceptuales y categorías teóricas

Uno de los ejes teóricos fundamentales, en la construcción de esta problemática empírica como objeto de estudio de la Comunicación Social, es la vinculación de las nociones de comunicación y cultura, y las implicancias conceptuales que el desarrollo de esta línea de investigación significó en el campo latinoamericano de los estudios en comunicación (3). Así, al hacer un sintético repaso de las teorías sobre comunicación y sus puntos de encuentro con la cultura, el primer momento en el que surge la cultura como universo indisociable de la comunicación social es con los Estudios Culturales ingleses, una corriente crítica de extracción marxista que nace en la década del 60 (4).

Los Estudios Culturales ingleses pusieron el énfasis en lo político –su intención primordial era desentrañar los procesos de construcción de hegemonía- y entendieron a la cultura del momento como “el modo de vivir dentro de la sociedad industrial, que engloba todos los sentidos de esta experiencia social” (Williams: 1958). Partían de que la concepción y construcción de los sentidos sociales, está ligada a la estructura social y sólo puede ser explicada en función de ella y de su historia.

Es importante destacar en esta corriente la acción transdisciplinaria, que permite la identificación de Hoggart y Williams como intelectuales faro de las ciencias sociales, junto a Roland Barthes (*Mitologías y elementos de Semiología*), Michel Foucault (*El orden del discurso, Genealogía del racismo, Arqueología del saber*) y Theodor Althusser (*especialmente, Ideología y aparatos ideológicos del Estado*).

Al repasar, en perspectiva, los debates en relación con la vinculación comunicación / cultura se advierte que gran parte de los interrogantes y cuestionamientos históricos no han sido saldados, las problemáticas que persisten se orientaron y se orientan aún hoy, en gran medida, a partir de los mapas conceptuales propuestos por los intelectuales de los 60 y 70.

Ya desde los primeros estudios culturales de la escuela de Birmingham, Raymond Williams (1976) describe a la cultura como un proceso social, mediante el que “las comunidades de distinto tipo otorgan valor a ciertos significados que se convierten en principios activos u operantes con capacidad de ordenar lo social”.

Asimismo, la cultura para el teórico de la comunicación Jesús Martín Barbero (1987) es el lugar donde se produce y circula el sentido a través de diversas prácticas sociales. Así la cultura es el territorio en el que ocurren los procesos de comunicación, y la comunicación es la dimensión dinámica de la cultura.

Para Williams toda práctica social tiene una dimensión significativa. En sentido análogo, Martín-Barbero toma la noción de *habitus* de Pierre Bourdieu, y recupera también la semiótica textual, para plantear que pensar en el uso es pensar en la acumulación de sentidos de los que está hecha la cultura, porque desde allí se produce nuevamente sentido.

Aquí resulta pertinente citar otra noción de Bourdieu (2003): las significaciones sociales que determinan el *habitus*, y su relación directa con la instancia de producción y reproducción de sentidos. Estos patrones que se construyen socialmente y que norman la vida social están sometidos, siempre, a la posibilidad de rupturas y transformaciones; en la complejidad cultural se dan procesos en los que operan elementos simbólicos residuales que funcionan en el presente, elementos dominantes o hegemónicos, y elementos emergentes que comienzan a despuntar. La noción de *habitus* puede ampliarse, siguiendo la descripción de las formas lógicas de inferencia de Juan Samara (2006), con el concepto de *Collegium Logicum* que expresa, en sentido más primario, la vida en la Polis. Es decir, la pertenencia semiótica a una comunidad reglada simbólicamente implica una determinada Lógica de acción.

Tanto el *Collegium Logicum* como el *habitus* son dimensiones históricas y colectivas que nos determinan al momento de producir significados; delimitan la producción cultural de una comunidad específica en un momento dado.

Retomando a Williams, éste explica que dentro de la totalidad de las prácticas sociales, hay prácticas que responden a necesidades concretas (por ejemplo la necesidad de construir viviendas; o las rutas y caminos que responden a la necesidad de

comerciar y trasladarse); estas prácticas tienen una dimensión significativa que puede ser estudiada para conocer aspectos de una cultura. Pero también, existen algunas prácticas que no responden a necesidades materiales (como por ejemplo la música); Williams las denomina “específicamente significantes”. Según María C. Mata (2005) podemos pensar a estas prácticas como respuesta a la necesidad humana de comunicarse y, por eso denominarlas alternativamente como específicamente significantes o como prácticas comunicacionales.

Con relación a las prácticas de organización y gestión de la acción colectiva, se retoma la idea de la dimensión significativa que tienen todas las prácticas sociales, entendiéndola –en sintonía con Mata- como la dimensión comunicacional de las prácticas sociales, desde la que se pueden indagar aspectos de la cultura.

Otro de los ejes teóricos fundamentales de este análisis, está dado por el conjunto de interrelaciones que forman las categorías de Institución, organización y acción social. Para comenzar a identificar estas interrelaciones teóricas, podemos retomar lo planteado por Peter Berger y Thomas Luckmann en su texto clásico *La construcción social de la realidad* (1968) y, luego, en *Modernidad y Crisis de sentido* (1997) –escrito por ambos en coautoría tres décadas después-.

Se parte de la base de que el proceso por el que el humano llega a ser “hombre” (o sujeto social) se produce en interrelación con el ambiente. Este ambiente es tanto natural como social y, si bien preexiste a cada sujeto, son los sujetos constituidos en sociedades quienes configuran ese ambiente social. Pues “el orden social no forma parte de la naturaleza de las cosas y no puede derivar de las leyes de la naturaleza. Existe solamente como producto de la actividad humana” (Berger, P. y T. Luckmann: 1968). Como el organismo humano es inestable, exige como imperativo que el mismo “hombre” proporcione un contorno estable a su comportamiento; de ahí la necesidad antropológica de la externalización. En el curso continuo de esa externalización (o apertura al mundo), la producción humana constante construye lo que llamamos “el orden social”.

Este proceso de construcción continua del orden social tiene características particulares como la habituación, la objetivación y la historicidad.

Toda actividad humana -social o no- está sujeta a habituación, es decir si resulta una creencia válida (Peirce: 1988) para la regulación de la vida, crea una pauta y es aprehendida como tal.

El proceso denominado por los autores habituación, es equiparable a las ya citadas nociones de *habitus* de Pierre Bourdieu (1984) y de *Collegium Logicum* de Juan Samara (2005). Aunque la habituación tiene un sentido diacrónico; podemos pensar que Berger y Luckmann pintan el proceso en movimiento, y Samaja y Bourdieu nos muestran la foto conceptual.

Los procesos de habituación son, entonces, la antesala de la institucionalización; y esta última es a su vez la parte más significativa de los procesos de habituación.

Así, como lo explican Berger y Luckmann (1968): “la institucionalización aparece cada vez que se da una tipificación recíproca de acciones habitualizadas por tipos de actores”. Es decir, cuando las prácticas o sentidos son tomados y aprehendidos por un grupo de sujetos como pautas objetivadas en un proceso histórico, se institucionalizan.

Nótese la importancia de la historicidad en el proceso, ya que es ella quien permite que las formaciones de sentido se objetiven (trasciendan lo individual), y se presenten a los individuos como un hecho “externo y coercitivo”. El ejemplo más claro de esto es el lenguaje, tipificación de origen social que se presenta como naturalizada y externa a los sujetos cuando niños, y determina sus pautas de comunicación con el afuera social –es decir su constitución como sujeto social-.

El proceso histórico de objetivación implica la legitimación social de las pautas, luego los significados legitimados son aprehendidos por las generaciones subsiguientes -durante el mismo proceso de socialización- dentro del orden institucional. Pero con la historización y la objetivación de las instituciones, éstas se convierten en realidades objetivadas más allá de su relevancia originaria; por eso, al diluirse su carácter de solución -en el orden simbólico- a un problema social concreto, hay probabilidades de que se desvíen los cursos de acción institucional de los programados originariamente.

Retomando a Berger y Luckmann (1997), esta vez en *Modernidad y Crisis de sentido*, las objetivaciones del sentido subjetivo de la experiencia o del acto pasan a formar parte de los acervos sociales de conocimiento; y “la aparición de depósitos de sentido y de instituciones históricas liberan al individuo de la pesada carga de solucionar los problemas de la experiencia y el acto que afloran, como por primera vez, en situaciones particulares”.

Entonces, el sentido es consecuencia del hecho de que exista la posibilidad de relacionar distintas experiencias. La vivencia aparece asociada a un “tipo” o esquema de experiencia. Esto genera lo que los autores denominan “un doble sentido”, el de la acción y el del acto.

El sentido del acto es retrospectivo –cuando planté maíz en verano pude cosecharlo en primavera; cuando encendí el fuego sobre la tierra en un día ventoso, se incendió parte del bosque; en los meses previos a las elecciones, los candidatos vinieron al barrio y bajaron planes y ayuda social-.

El sentido de la acción, por el contrario se configura por anticipado en relación con un propósito; podríamos decir que el sentido

de la acción es prospectivo –para obtener una buena cosecha en primavera debo plantar en verano-.

Esta complejidad de la estructura del sentido esta presente en todas las acciones pero, sobre todo, en la Acción Social. Como lo expresan Berger y Luckmann “los estratos superiores del sentido, las estructuras más complejas, dependen de la objetivación del sentido subjetivo en la Acción Social” (Como habrá elecciones este año, hay que pedir el subsidio para el comedor a los políticos que vengan, y tratar de que lo otorguen antes de la votación porque luego no lo vamos a conseguir).

La tipificación, la clasificación, los patrones experienciales y los esquemas de acción social son elementos de los acervos colectivos del conocimiento, tomados en buena medida de los acervos sociales de conocimiento”; por eso, los modos de organización y gestión de quienes comparten una comunidad de vida (habitantes de los territorios de exclusión del AMBA) y, en gran medida, una comunidad de sentido, pueden ser analizados a partir de estas coordenadas que los definen y los ubican como parte de los acervos colectivos de conocimiento que inspiran el sentido de la acción colectiva.

Notas

(1) Se utiliza la categoría de sectores socioeconómicos, similar a la categoría de clases de Portes y Hoffman (2003): “Categorías de población discretas y duraderas caracterizadas por el acceso diferencial a recursos que otorgan poder y diferentes expectativas de vida”. Citado en Portes, A., Roberts, B. y A. Grimson (2005). Op. Cit.; distinta a la categoría marxista tradicional de clases sociales -Marx, K. (1889) El Capital. Libro III. Cáp. 52: Siglo XXI. Méjico, 1975-.

(2) Se utiliza la noción de “subalternizado” que Alejandro Solomianski (2003), en el libro Identidades secretas: la negritud argentina, opone a la de “subalternos”, tradicional en la sociología, ya que esta última no da cuenta de la dimensión de proceso de dominación y lucha de fuerzas, en el que hay actores sociales que someten y otros que resisten.

(3) Se retoman los conceptos desarrollados por María Cristina Mata en los cursos dictados en el marco de la Cátedra de Comunicación, Modelos y Paradigmas, Maestría en Planificación y Gestión Comunicacional, PLANGESCO. Universidad Nacional de La Plata. La Plata, 2005.

(4) Anteriormente, la comunicación se había puesto en relación con la noción antropológica clásica de la cultura y con la sociología de la cultura, en diversas teorías como el paradigma de los efectos y la Teoría de Usos y gratificaciones. En estos casos se piensa en las particularidades culturales del/los público/s para producir mensajes efectivos en términos efectistas. En otros casos, como en el enfoque de la *Mass Communication Research*, se atienden el papel de lo “contextual” y de cómo se complejizan esos efectos. Pero hasta los *Cultural Studies*, los estudios de comunicación aparecen invariablemente ligados al análisis de los media; y los aspectos culturales que se incluían en estos estudios eran variables de ese análisis, que en ningún caso llegaban a constituir de por sí un objeto de estudio.

Bibliografía

Argumedo, Alcira, Los silencios y las voces en América Latina. Notas sobre el pensamiento nacional y popular, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Popular, 2004.

Berger, Peter y Thomas Luckmann (1968), La construcción Social de la realidad, Buenos Aires, Amorrortu, 1978.

Berger, Peter y Thomas Luckmann, Modernidad y Crisis de sentido, Buenos Aires, Paidós, 1997.

Bourdieu, Pierre, Creencia artística y bienes simbólicos, Buenos Aires, Aurelia Rivera, 2003.

Bourdieu, Pierre, Sociedad y cultura, México, Grijalbo, 1984.

Martín-Barbero, Jesús, De los Medios a las mediaciones, México, Gilli, 1987.

Peirce, Charles, La fijación de las creencias en El Hombre, Un Signo. Barcelona, Editorial Crítica, 1988.

Samaja, Juan, Semiótica de la ciencia, Texto inédito, 2006.

Williams, Raymond (1958) Cultura y Sociedad, Buenos Aires, Nueva Visión, 2001.

Williams, Raymond (1976) Las palabras clave, un vocabulario de la cultura y la sociedad, Buenos Aires, Nueva visión, 2001.